

La autenticidad en los candidatos

CATALINA URIBE



LA AUTENTICIDAD SE HA CONVERTIDO en la palabra clave para juzgar a los políticos. Muchos votantes evalúan a los candidatos pensando en qué tan auténticos se presentan a los ojos de la ciudadanía. De hecho, el éxito de varios de los gobiernos populistas de la última década ha radicado precisamente en su capacidad para venderse como auténticos. Sin ir muy lejos, muchos siguen atribuyendo el éxito de Donald Trump o de Álvaro Uribe a sus aptitudes para mostrarse genuinos, cercanos al lenguaje del pueblo y

cumplidores de su palabra. Pero, ¿los hacen estas características auténticos? ¿En qué consiste la autenticidad de un político?

En días pasados causó revuelo que Cambio Radical, partido del ex vice presidente Vargas Lleras, anunciara que no votará la ley que reglamenta la JEP. Críticos y opositores se quejaron de la falta de lealtad del candidato con el Gobierno del presidente Santos. Pero mientras unos lo acusaban de traicionar otros lo defendían por auténtico y coherente. “Vargas Lleras siempre ha pensado así, ahora simplemente se está mostrando como es”, me comentó un seguidor del candidato.

En comunicación política un candidato auténtico se define como alguien que es capaz de proyectar su identidad espontáneamente y sin mediaciones. Así, la autenticidad se traduce en aquello que permite

que un mensaje sea confiable. Pero una cosa es lo que creemos que el candidato es capaz de hacer y otra los límites morales del aspirante. Para unos es más auténtico quien cumple y ejecuta lo que promete, así sea moralmente reprochable, mientras que para otros es más auténtico quien proyecta coherencia y honestidad.

Evaluar a los candidatos en términos de autenticidad es entonces un juego especulativo en donde “lo real” del candidato es imposible de rastrear. Pero no hay que descartarla del todo, menos aún cuando la desconfianza por los políticos es cada vez mayor. Repensar la categoría de autenticidad sirve no sólo como una fuerza discursiva que exige un sistema político más legítimo, sino que permite replantear constantemente las demandas que los ciudadanos les exigen a los políticos.

Encuestas

JOSÉ FERNANDO ISAZA



LA RECIENTE ENCUESTA DE INVAMER muestra la clara posibilidad de que una alianza de centro (con alguna tendencia a la izquierda moderada) pueda derrotar en las elecciones presidenciales a la extrema derecha.

La polarización, en los próximos meses, lejos de disminuir va a acrecentarse; esto no es necesariamente negativo; el país votará por propuestas y no necesariamente por nombres o partidos. Los temas de corrupción, paz, políticas de salud y empleo, unidos a las propuestas de mantener, ampliar o reducir los derechos de las minorías sexuales o étnicas y regionales estarán en el orden del día.

No es fácil la coalición del centro; requiere que destacados líderes políticos y de opinión como Jorge E. Robledo, C. López, S. Fajardo y H. de la Calle renuncien, si pierden en una consulta previa, a sus legítimas aspiraciones y apoyen con todo entusiasmo y lealtad a quien tenga la mejor posibilidad de obtener el voto del elector. Con escasas excepciones, el centro y la izquierda moderada tienden más a dividirse que a actuar unidos en los procesos electorales; la candidatura de Carlos Gaviria fue una de las excepciones. Un hecho que muestra la posibilidad de unión de centro-izquierda fue la escogencia del candidato del Partido Verde: A. Navarro aceptó lealmente a la ganadora Claudia López y juntos se encaminan a la próxima alianza o elección.

Lo que podía denominarse izquierda ortodoxa, cuyos representantes son G. Petro y P. Córdoba, no parece tener hoy una aceptación que les permita llegar a la segunda vuelta y ganar. P. Córdoba, valiente defensora de los derechos humanos y comprometida con el proceso de paz, enfrenta una campaña mediática que la sindicada de ser parte de la antigua guerrilla de las Farc; por otra parte, su relación con Chávez y hoy con Maduro poco le ayuda en el electorado colombiano. De G. Petro puede afirmarse que su simpatía con el socialismo del siglo XXI y su silencio frente a la debacle en Venezuela, unidos a que la mayoría de los encuestados piensan que Colombia puede llegar a ser un régimen castrochavista, lo alejan de la predilección del electorado. Si a esto se le suma su ineficiente administración cuando ejerció como alcalde de Bogotá, se entiende por qué va reduciéndose la intención de voto.

Como en casi todas las encuestas, esta tiene un sesgo que se puede llamar “corrección política”. Colombia es un país de derecha y muchos piensan que la guerra debe continuar y que el Estado debe desconocer los pactos logrados con las Farc, “hacer trizas los acuerdos”; que quienes se alejen de la “moral tradicional” —los homosexuales, las lesbianas, los transexuales, etc.— no deben tener los mismos derechos que las “personas normales”, y que quienes pertenecen a las minorías étnicas no deben tener la misma protección del Estado que la “gente bien”; y a la vez, quienes reconocen que pensar así es “políticamente incorrecto”, en su fuero interno aceptan la discriminación y desean una guerra permanente. Saben que la mayoría de los candidatos de derecha convertirían en políticas públicas el regreso al pasado y votarían por ellos, pero por “corrección política” al contestar una encuesta dicen que votarían por alguien del centro. La encuesta muestra un deslizamiento de votos del C.D. hacia Fajardo. Los resultados del triunfo del No, y de Trump, contrarios a las predicciones de la mayoría de las encuestas, pueden avalar la anterior hipótesis.

Osuna



Náufragos

Mi cuerpo, una nación

BRIGITTE BAPTISTE



HACE UNOS AÑOS VISITÉ UN COMERCIO en Girona, la capital de uno de los cuatro países catalanes, y escuché al dependiente alegar contra ciertas medidas del gobierno autonómico (la Generalitat) e invocar la necesidad de independizarse... de Cataluña.

Imaginé en ese entonces discusiones en los bares de una ciudad con cerca de 100.000 habitantes y 20 siglos de historia, despotricando contra las imposiciones de Barcelona, la capital, que a su vez promueve hace siglos mayores niveles de autonomía con los resultados evidentes del domingo pasado.

Meses más tarde recorrí el Val d'Aran, unas decenas de kilómetros al noroeste sobre el Pirineo y encontré la misma actitud independentista, esta vez de una pequeña comarca que hasta hace pocas décadas permanecía realmente aislada del resto del mundo durante el invierno; de ahí la persistencia de cualidades identitarias muy marcadas. Así nació y vive Andorra desde el siglo 13, con 7 parroquias, 80.000 habitantes y menos de 500 km², toda una Nación pirenaica.

Como miembro de una minoría social reconozco las dificultades que representa ar-

monizar el ejercicio de las libertades individuales con la construcción de acuerdos colectivos en escalas agregadas, el objetivo final de la política.

Mi cuerpo, afirmo, es ante todo mío y escojo con autonomía y plena responsabilidad el ejercicio de género, una sexualidad y una posición respecto al carácter solidario de la alianza familiar, mucho más allá de la sangre. Pero debo reconocer que, como a muchas personas les debe pasar, sufro conflictos entre la razón y el corazón, o, como planteó Descartes, entre mente y cuerpo.

Siento que mis emociones me traicionan. Hay ideas que me revuelven el estómago. Hay días que pierdo completamente el sentido de identidad frente al espejo, sobre todo cuando me veo obligada a compartirme con los virus de alguna peste común. Luchó por disciplinarme todos los días...

Dos párrafos para referirme a la experiencia de la integración y la desintegración de los sistemas de referencia políticos a través de los cuales actuamos en este planeta: el cuerpo, como territorio, el territorio como Nación.

Hay muchos otros ejemplos o niveles de relacionamiento que requieren resolverse mediante el comercio de diversos asuntos, desde la obra que elaboro en la intimidad y se constituye en esta columna de prensa, hasta los sacrificios a los que me veo obligada como ser humano por las decisiones inconsul-

tas de muchos países que utilizaron mi porción de atmósfera como basurero.

Hace 200 años Mary Shelley imaginó una criatura ensamblada de partes de otros cuerpos y compartió las angustias de la vida hecha a retazos en un contexto cultural incapaz de valorarla: un problema de agregación similar al que creó la Ley 388 de ordenamiento territorial en Colombia, el origen del caos que hoy vivimos en la planeación y que amenaza derrumbar niveles básicos de integridad de la Nación a raíz de conflictos nunca resueltos en la distribución de responsabilidades entre los actores sociales.

No hay un orden natural inexorable que determine cuál es la mejor estructura para gobernar un territorio, mucho menos el cuerpo como algunos pretenden, pero sí hay una condiciones sistémicas que permiten mejorar la conectividad entre niveles de complejidad de manera que permitan sacar lo mejor de los procesos de autoorganización, es decir, de la participación democrática.

Un buen ejemplo es la constitución de familias diversas, el reconocimiento formal y operativo de las organizaciones de base indígenas, campesinas, afro, de pescadores, de mujeres o de artesanos y la promoción del emprendimiento responsable, gremial y a nivel corporativo. Para ello, hay que hacer más y mejor política. Sobra el ESMAD.

* Directora general del Instituto Humboldt.